

REBECA

EL AMOR NO SABE DE FRONTERAS, Y LAS DESGRACIAS
NO DISCRIMINAN ENTRE RICO Y POBRE



ANA VACARASU

Índice de contenido

[Cover](#)

[Tabla de contenidos](#)

[Título](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Sobre la autora](#)

ANA VACARASU REBECA

*“Está bien enorgullecerse por lo que
uno hace, pero nunca por aquello con
lo que ha nacido.”*

Amy Tan

A mi familia, a Ali y a ti,
enormemente agradecida

CAPÍTULO 1

Un día canicular como otros muchos del mes de agosto, parecía haber aniquilado la voluntad de la gente, y sus ganas de salir a la calle. Los alicantinos que se habían quedado a pasar el verano en su tierra, buscaban la sombra y la frescura que le ofrecían las casas. Faltaba un par de días para empezar septiembre, y el calor seguía siendo incllemente en toda la Costa Blanca. Las playas se llenaban desde muy pronto por la mañana, y los turistas buscaban los mejores sitios donde «aparcar» sus toallas o sus tumbonas. Las sombrillas aparecían más tarde, hacia el mediodía. Los que tenían mejor aguante para las temperaturas altas, se quedaban a tostar la epidermis hasta que llegaba la hora del almuerzo. Por la tarde, las playas cobraban un aspecto de hormigueros enormes, y para algunos, la masa de gente resultaba ser agobiante. Los cuerpos casi se rozaban entre ellos, tumbados en las toallas sobre la arena fina y caliente, o paseando por la orilla del mar.

Era imposible llevar una conversación privada, cuando el vecino de playa te miraba sin querer, y podía escuchar todo lo que decías. Tal vez por eso todos hablaban nimiedades, cosas sin trascendencia alguna, banalidades y chismorreos. De hecho, cada uno sólo quería que lo dejaran en paz. Los cuerpos se abandonaban perezosamente al *il dolce far niente*, y los pensamientos intentaban desconectar de toda relación con la lucha cotidiana que suponía la vida. Los más afortunados y atrevidos, algunos simplemente buscando alejarse del ruido y de la aglomeración sofocante, buscaban las calas escondidas o alguna playa rústica, pequeña y aislada. Allí muchos practicaban nudismo. Parecía extraño como en verano, tantas personas perdían la vergüenza y exhibían sin pudor alguno «las joyas» que poseían, como si eso fuese la cosa más normal del mundo.

Cuando las vacaciones se terminaban, volvían a ser las mismas personas de antes. Se metían en ropa decente y retomaban el ritmo de una normalidad, que en los primeros días se les hacía insoportable. Era un proceso de readapta-

ción que requería su tiempo. Quedaban recuerdos a los que había que sacudir de encima, como la arena que se metía en los bolsillos de los pantalones cortos o en el tejido de las toallas. Los flirteos y las miradas furtivas hacia anatomías ajenas e inalcanzables, quedaban atrás. Las familias se reunían, y la rutina volvía a ser la misma de antes. La convivencia imponía de nuevo sus normas, y las personas que vivían bajo un mismo techo, se reencontraban de repente con sentimientos ignorados por un tiempo, y obligaciones espinosas. Empezaban a ganar terreno las decepciones. Parecía como que el sol y la playa aportaban a todo un concepto de liviano y hermoso, haciendo que las vacaciones parezcan un lapso irrelevante y fútil. Era por eso que la vuelta a casa, se presentaba para muchos como un despertar penoso a la cruda realidad.

Los extranjeros ya empezaban a marcharse. Los asiáticos y los rusos eran los primeros en llenar los aviones de las compañías de bajo coste. Les seguían los nórdicos, con sus cabelleras rubias, ojos azules y cuerpos enrojecidos por el sol inclemente. El desplazamiento en masa, se parecía a la migración de las bandadas de aves migratorias. Se ventilaban un poco las playas en las primeras semanas de septiembre, y los lugareños aprovechaban las últimas horas de la tarde, cuando volvían del trabajo, para tomar el sol.

La Costa Blanca seguía siendo un destino predilecto para pasar las vacaciones, tanto para los extranjeros, como para los autóctonos. Con sus playas de arena fina y dorada o de grava, y las aguas cristalinas y de poca profundidad. La buena comida y el ambiente específico español, junto con la cultura, las costumbres y el amigable carácter de la gente, atraían como imanes a los turistas. Los que venían por primera vez, se despedían con pesar del Mediterráneo, cuando les tocaba marcharse. Llevaban siempre entre los recuerdos y los *souvenirs*, una mezcla de nostalgia, gratitud y ganas de reencontrarse el año siguiente.

Laura había vuelto hace unos días de Inglaterra, donde había pasado dos semanas de vacaciones junto a Margaret, una ex compañera de la Facultad de Derecho de Cambridge. Mantuvieron el contacto desde que se licenciaron, y cada verano se reunía con ella, en Londres donde vivía la inglesa, o en la Provincia de Alicante, en la casa que fue de sus padres. Ese verano había conocido a Elían, un primo de la joven inglesa, y salieron juntos algunas veces en Londres.

El joven provenía de una familia judía moderna, con mucha fama en la orfebrería, y marca propia de diseño y creación de joyas. Su inteligencia y su porte digno y al mismo tiempo humilde, cautivó a Laura desde que lo vio por primera vez. La relación era satisfactoria. Cada vez que se veían, descubrían sorprendidos, afinidades y preferencias

culturales a las que compartían. Se enamoraban poco a poco el uno del otro, con la ilusión y también con las dudas y las inseguridades, que suponía el hecho de enamorarse de un extranjero. Pero unos días antes de volver a casa, Laura empezó a sentirse mal. Tuvieron que suspender la última cita que tenían concertada. Se mareaba y se notaba débil, y a veces le parecía tener sabor a sangre en la boca. Unos días atrás, al cepillarse los dientes, vio que le sangraban las encías y se asustó. Tenía intención de ir al dentista, pero como siempre le dio miedo hacerlo, retrasaba de un día para otro pedir cita. Pensaba que podía ser periodontitis, y se compró una pasta de dientes que, según los anuncios de la tele, hacía milagros en esos casos. No era tan ingenua como para creérselo, pero iba a probarla unos días. Esperaría un poco más.

Revisó un caso de herencia en la que trabajaba desde antes de irse a Inglaterra, y los detalles del caso la hicieron pensar en su hermana. La situación era similar a la de su familia. Los padres muertos de forma repentina en un accidente de tráfico, y las dos hijas peleándose por la herencia. En eso su caso era distinto. Ellas no se peleaban por nada. Rebeca no había vuelto a hablarle, ni aceptó verla, a pesar de todas sus insistencias. Eso le dolía. Se arrepentía por haberle hecho lo que le hizo, y sobre todo pensando que fue después de saber aquellas cosas sobre su padre. Sólo a unos meses de haberle contado su hermana todo ese horror de los abusos.

Comprendía su indignación y su rechazo. Ella tampoco podía perdonarse a sí misma, por haber herido todavía más a Rebeca. No podía explicarse qué le había pasado aquel día con Lucas. Atribuía su desliz a la bebida que se había tomado antes, cuando entraron en casa, aunque eso no era más que una justificación insustancial. Se había dejado llevar como una adolescente inexperta, que es incapaz de controlar el estallido de sus hormonas. Evitaba recordar lo que hicieron luego. Fue la cosa más humillante que pudo

haber hecho en su vida. Porque no significó nada para ella, como tampoco para Lucas. Sólo hicieron daño a su hermana, y a ellos mismos también, por las consecuencias que tenían que soportar.

Quería mucho a Rebeca, pero ya ni siquiera trataba de buscarla, después de los innumerables intentos de reconciliación fallidos. Respetaba sus sentimientos, pero eso no disminuía el dolor de su alma. A veces pensaba que su hermana debía odiarla, y no soportaba esa idea. Buscaba a Lucas y le suplicaba que hablase con Rebeca, aunque su corazón le decía que era todo en vano. Tenían que tomar decisiones sobre la casa y el resto del patrimonio que les habían dejado sus padres. La herencia les pertenecía a las dos. No sabía todavía cómo hacerlo, pero tenía que buscar una forma de hablar con su hermana.

Lucas la evitaba. Hablaron varias veces, asumiendo los dos el craso error en el que habían incurrido. En eso coincidían. Eran culpables, ninguno más, o menos que el otro. Pero él tampoco tenía mucho éxito en sus intentos de acercarse a Rebeca. Todavía la quería con locura. Lo que tuvieron ellos dos, fue algo que no se vive dos veces en la vida. Aún recordaba aquella noche de la confesión. Hasta la ternura con la que le había acariciado la cabeza la recordaba. Y el dolor casi físico que sintió, por empatía con aquella época de su vida, que parecía haberla marcado para siempre. La humillación, la vergüenza y los complejos de inferioridad por haber sido víctima de esos abusos. La permanente angustia con la que ella había vivido aquellos años, cuando era sólo una niña.

¿Cómo pudo ser tan estúpido, y hacer luego lo que hizo? Por empatía, pensar en lo que tuvo que sentir ella al verlo en la cama con Laura, le parecía un castigo insoportable, que le hacía sufrir como un perro apaleado. Era consciente que la había perdido para siempre, pero se negaba a aceptarlo. Pensaba trasladarse a vivir a Alicante ciudad, poner tierra de por medio porque si no, se volvería loco. Cada vez

que la veía, el dolor mordía de su alma, anulándole todos los demás sentidos. De alguna manera, tenía que alejarse de ella. Iría a vivir con sus padres. Ellos tenían un piso grande en el centro de la ciudad, y él era hijo único. Por el trabajo no se preocupaba. Había ahorrado algo de dinero, y sus padres tampoco iban a dejarle morir de hambre hasta que encontrara un empleo allí.

Ella le parecía más feliz últimamente. Aquella luz de sus ojos brillaba más, y no podía con su alma, pensando que no era por él. Conocía su relación con Verónica, pero la veía como algo pasajero. Un refugio al que ella había acudido cuando estaba herida. Hasta por eso se sentía culpable. Cuando se encontraban por casualidad por la calle, o la veía pasar con el taxi, se metía en el primer bar que encontraba y se emborrachaba. Para dejar de pensar en ella. Para borrar de su mente todos aquellos recuerdos que le atormentaban. Pero el alcohol no le ahogaba el dolor, ni le liberaba de las reminiscencias del pasado. Sólo le hacía llorar como el estúpido que pensaba que era. Algún conocido lo sacaba del bar y le ayudaba a llegar a su casa. No quería caer en la bebida, como tampoco pensaba llegar a ser el hazme reír de nadie. Tenía que mudarse. Con el paso del tiempo, puede que consiguiera dejarlo todo atrás.

CAPÍTULO 2

Rebeca había llevado a una familia inglesa al aeropuerto, y pensaba ir a casa. Estaba agotada. Había empezado la «Operación retorno» y los taxistas no daban abasto. Entre una carrera y otra, comían bocadillos que se traían de casa, envueltos en papel de aluminio, o se compraban algún *sándwich*, cuando paraban para tomarse cafés de máquina, si podían permitirse hacerlo. Pero ella era autónoma. No tenía que rendir cuentas a ningún jefe, ni caer rendida en el trabajo, como si tuviera una familia a la que alimentar, como muchos de sus compañeros. Se metió por una calle periférica, pensando que un atajo le permitiría llegar más rápido a casa. Había pasado antes por allí. Conocía cada rincón de la ciudad como la palma de su mano. Le encantaba conducir, y por eso se le hacía más liviano el oficio de taxista que ejercía. En la radio del coche, *Robbie Williams* quería sentir amor verdadero, y ella subió el volumen del sonido casi al máximo. Le gustaba mucho esa canción. El aire acondicionado funcionaba a tope, y el interior del coche le pareció de repente como un oasis placentero, comparable con la temperatura sofocante del exterior.

“Sin duda alguna, el mío no es el peor oficio que hay — pensó, moviendo la cabeza al ritmo de la canción—. No, Señor. Otros lo pasan incluso peor que yo. Así que no me voy a quejar.”

Llegó a un cruce de calles estrechas, giró a la derecha, y vio un grupo de personas delante de un edificio. Estaban gesticulando, con los cuellos torcidos y las caras vueltas hacia arriba. Pensó que la gente estaría mirando a por algún dron, porque sabía que algunos se tomaban en broma a esos bichos. Les parecía divertido grabar a la gente desde arriba, o sorprender cosas que no debían ser sorprendidas. Jugaban a espías. Quiso pasar adelante sin prestar más atención, pero algo la hizo parar. Vio gestos que denotaban pánico, alguna mujer que lloraba y otras tapándose la boca con la mano, mirando hacia arriba. Buscó un sitio donde aparcar, apagó la radio y se bajó del coche. El grupo de

personas ya había aumentado mientras tanto, y se veían más personas acercándose por la calle. Levantó la mirada hacia donde miraban todos, al mismo tiempo, escuchando a una mujer gritando:

— ¡No lo hagas, no seas cobarde chica!

Arriba en el borde del edificio de cinco plantas, había una mujer. Andaba inquieta por el muro que limitaba la azotea. Daba unos pasos hacia la derecha, se giraba y volvía otros tantos hacia la izquierda. Como si intentase medir con su paso, la superficie del borde de cemento. Se podía imaginar que estaba llorando. A cada rato pasaba las manos por la cara, como para secarse las lágrimas. Parecía ser una chica joven. Vestía un pantalón rojo y una camiseta blanca de manga corta. El sol de la tarde la alumbraba desde atrás, cuando se paró de repente, mirando a la gente que se había congregado abajo en la calle. La luz se reflejaba en su melena rubia, y toda ella parecía rodeada de un aura luminoso y potente, como el rostro de Cristo en los íconos cristianos. Las mujeres lloraban, rogándole que no se tirase.

Rebeca se acercó al grupo de personas y preguntó si había llamado alguien a 112 o a la policía. Le dijeron que sí. Ella se adentró en el portal del edificio que estaba abierto, y un vecino que salía en ese momento, la informó sobre la situación. Parecía que la chica había bloqueado la salida hacia el tejado. Subieron ambos en ascensor hasta el último nivel y comprobaron otra vez la salida. Por turno, empujaron con las manos, tan fuerte como pudieron, pero sin conseguir levantar la tapa.

—Le habrá echado encima la mesa de hierro en la que solemos jugar a las cartas. O habrá atado con algo la manilla exterior de la tapa —le dijo el vecino, andando de un lado a otro desesperado.

— “Dios mío, cuida de ella por favor. No le permitas hacer eso” —no dejaba de repetir.